



EL TEMPLO ENTERRADO

JOSÉ MARÍA LATORRE

edebé

periscopio

EL TEMPLO ENTERRADO

JOSÉ MARÍA LATORRE

EL TEMPLO ENTERRADO



edebé

© José María Latorre, 2013

© Ed. Cast.: Edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Dirección de la colección: Reina Duarte
Diseño de cubiertas: César Farrés
Fotografía de portada: Ingram Publishing/Thinkstock

1a edición, marzo 2013

ISBN 978-84-683-0805-0
Depósito Legal: B. 166-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*El terror es la piedra angular
de todo nuestro arte.*

Peter Ackroyd

¿Queréis ver en la tierra una imagen del miedo?

Jules Michelet

Índice

Prólogo	9
1. El enigma de los cuadros	14
2. Vigilancia nocturna	33
3. La casa del vidente	51
4. Un encuentro en la noche	74
5. En la cripta del templo	97
6. El velatorio de Elizabeth Smolley	118
7. La sepultura	140
8. Una noche en el cementerio	162
9. Noche de sangre	183
Epílogo	218

Prólogo

El primer asesinato tuvo lugar pocos días antes de mi llegada a Mountwich, ciudad situada cerca de Nottingham en unos parajes conocidos entre nosotros, los ingleses, por haber sido escenario de las míticas aventuras de Robin Hood; y no solo entre nosotros: estoy convencido de que Nottingham es un nombre asociado en todo el mundo a la magia de la aventura.

En realidad es posible que la palabra *asesinato* no sea adecuada para aplicarla en este caso, ni en los otros que le sucedieron, ya que se trató de algo mucho más siniestro y aterrador: el cuerpo apareció completamente desangrado y con el rostro desgarrado como a zarpazos, en unas ruinas a las afueras de Mountwich.

La policía halló entre las ropas ensangrentadas del muerto unos documentos que señalaban a un tal Christopher Hartfield, de profesión, vidente. Cuando los agentes trataron de proceder a su definitiva identificación, descubrieron que el tal Hartfield vivía solo en una casa de su propiedad, cerca del lugar en el que fue encontrado el cadáver, donde tenía asimismo establecida su consulta. No había familiares que pu-

diesen verificar que se tratara de él, ni tampoco ningún vecino, porque la casa, que al parecer había adquirido tres o cuatro meses antes a un agente inmobiliario de Londres, estaba aislada.

Finalmente, unos amigos, con los que la policía logró contactar por medio de un anuncio insertado en la prensa local pidiendo que acudieran a declarar quienes conocieran a Christopher Hartfield, manifestaron que hacía varios días que no lo veían, en concreto desde una noche en la que habían jugado unas partidas de ajedrez en un club llamado Malcolm, del que todos ellos eran socios. Sin embargo, tampoco pudieron reconocer el cadáver, a causa del estado en que se hallaba; aunque sí, sus ropas. Según ellos, pertenecían a su amigo.

Curiosamente, ninguno de los clientes del vidente hizo caso a la petición de la policía, como si les avergonzara reconocer en público, y más todavía ante las autoridades, que habían recurrido alguna vez a sus servicios profesionales.

Antes de seguir, quiero aclarar por qué yo, John Hadley, me encontraba por esos días en Mountwich. Puedo ufanarme, sin el menor asomo de presunción por mi parte, de que mi prestigio profesional como arqueólogo, no solo en lo que se refiere a la antigüedad egipcia, por lo que soy más conocido, me había hecho ganar un círculo de amigos repartidos por todo el país. Fueron dos de ellos, el encantador matrimonio Peter y Helen Robinson, quienes me invitaron a ir allí a raíz de un descubrimiento arqueológico que ya había concitado mi atención cuando tuve noticia de él en los diarios londinenses, donde fue objeto de un recuadro

informativo. Se trataba de los restos de una iglesia románica que había permanecido sepultada durante siglos. La prensa no volvió a tratar el tema, desplazado de la actualidad por los sucesos que estaban acaeciendo en el continente a causa de los crecientes desafíos del canciller alemán Adolf Hitler, que amenazaban con una conflagración generalizada. Por ello, puede que me hubiese olvidado del tema si no hubiera sido por que los Robinson me lo recordaron.

«Querido amigo John —decían en su carta—, estamos convencidos de que el descubrimiento en Mountwich de un templo enterrado merecerá ser objeto de tu atención, aunque no tenga nada que ver con tu admirado Egipto. Por aquí todos nos preguntamos qué lo hizo quedar sepultado, ya que no puede ser atribuido, al menos que sepamos, a un fenómeno natural; en las crónicas no hay el menor rastro de un suceso así. Lo que ha surgido a la luz de ese templo tiene gran interés. Aunque las excavaciones no han hecho más que empezar, ya han encontrado incluso cuadros en su interior, cubiertos de tierra y, como se pudo comprobar después de haberlos limpiado, bastante extraños. Por ello queremos invitarte a pasar unos días en esta ciudad con objeto de que puedas seguir de cerca las labores de extracción de las antiguas piedras, por supuesto siempre y cuando estés libre para viajar. No deseamos forzarte a nada, pero podrías ayudar con tu experiencia arrojando luz sobre las características del templo. Aún queda mucha tarea por delante. El alto cargo de Peter en la alcaldía hará que puedas estar presente en las excavaciones, si bien

sabemos que para eso bastaría con tu reputación de arqueólogo. Hace unos días te telefoneamos y no respondiste; por tanto, no sabemos si estás en Londres o no. De ahí que te haya escrito, confiando en que recibirás la carta. Como sabes, solo tenemos una hija, Susan, nuestra casa es amplia y será un honor tenerte como invitado». Y tras una cariñosa despedida, firmaba Helen.

En aquellos días estaba libre de compromisos profesionales, no tenía ningún viaje en perspectiva, no soportaba el diciembre londinense y no sabía nada de mi buen amigo, el detective Henry Saville, desde nuestra siniestra aventura en Blackdawn House, por lo que no titubeé a la hora de aceptar. Solo me echaban atrás las molestias que mi presencia en la casa podría causar a los Robinson. Por ese motivo, cuando les telefoneé para confirmar mi viaje, propuse que me alojaría en un hotel de la ciudad.

—Ni Peter ni yo podemos consentirlo —repuso Helen—. Dispondrás de una habitación aquí.

—Helen, insisto en lo del hotel. Desde que murió mi querida esposa Alice, he adquirido las costumbres de un solitario. Me he convertido en una especie de ermitaño. Tengo un humor sombrío y me temo que no sería una compañía agradable.

Por fin, al cabo de un rato logré que aceptara mi contrapropuesta, aunque me aseguró que no habría sido molestia alguna, sino al contrario.

—Si te empeñas, reservaremos una habitación en el Hotel Carlton, pero allí también serás nuestro invitado —concluyó Helen Robinson—. Avísanos del día

y la hora de tu llegada, y pasaremos a recogerte por la estación.

El asunto ofrecía no pocos elementos atractivos para mí, empezando por el hecho de que en las crónicas no hubiera referencia alguna a la desaparición de una iglesia en esa zona de Inglaterra, si bien no era un dato determinante pues ya se habían dado casos en otros países y, sin duda, habría alguna causa para esa falta de información. Por otro lado, tal como Helen había apuntado en su misiva, tampoco había noticia de un fenómeno natural, un terremoto pongamos por caso, que pudiera haberla enterrado. Las preguntas se acumularon en mi mente, ya avivada por la curiosidad, y me preparé para pasar unos días investigando con tranquilidad las ruinas del templo.

No sabía cuánto me equivocaba, a pesar de que, no sé si movido por la intuición, introduje en mi equipaje la pistola que me acompañaba a veces en mis viajes.